

MARIA RAFOLS
Vive en América Latina



*Una lectura desde
el mundo de la salud en América
Latina*

*Julio Solórzano S. Pbro.
Hna. Elizabeth Torres P.*



años de
hospitalidad

Hermanas de la Caridad de Santa Ana

En este año 2004, tan congregacional, pongo en tus manos Hermana de la Caridad de Santa Ana, este sencillo documento.

Este texto quiere ser un homenaje a las Hermanas que un día, atravesando los mares, llegaron a las tierras de nuestro Continente Americano, trayéndonos un mensaje de amor, una semilla de entrega, un servicio caritativo y salvador al enfermo y al necesitado, como lo habían aprendido en las fuentes mismas donde María Rafols y las Primeras entregaron sus vidas.

Hoy, después de más de cien años de presencia de las Hermanas en el Nuevo Continente, nos embarga un profundo sentimiento de gratitud que nos impulsa a compartir con sincero afecto estas páginas sencillas.

Gracias también a todas las Hermanas que con el mismo estilo y en el mismo espíritu se encuentran presentes y extendidas en los Cinco Continentes.

Año Bicentenario de la Congregación

Q

Quiénes Somos

Carlos Fuentes, una de las altas cumbres de nuestro pensamiento y expresión literaria ha dado en llamar a América Latina el continente indo-afro-ibero-americano. Cuando así nos nombra dice que somos mixtura de razas, de historias y de fantasías. En algún momento de la historia, que antes creíamos lineal, de causa a efecto, sucede la juntura, no como una yuxtaposición ni como una selección darwiniana de elementos que se destrozan unos a otros hasta dejar los más fuertes y adaptados como sobrevivientes. No, no así. La juntura fue distinta: como una preñez múltiple en la que los genes de todas las historias, de todas las culturas, se informan unos a otros y dan origen a lo totalmente nuevo. En esto totalmente otro que somos los indo-afro-ibero-americanos se reconoce el negro con sus tótems, el castellano andante en pos de nuevas tierras, el indio unido indisolublemente a estos suelos y a estas selvas. En lo que hoy somos vive todo lo que fueron. No somos hijos de una historia. Somos hijos de todas las historias. Nuestro tiempo no es el tiempo de occidente. Nuestro tiempo es también el de la cosmogonía, el del mito, y el de la ciencia todos juntos. Aristóteles, Bachué, Colón. Hernán Cortés, Moctezuma, Changó y Santo Tomás, irremediabilmente juntos viven en nuestra sangre. Desde lo que genéticamente somos hemos ido descubriendo a América. A Colón no le cupo más gloria que pisar nuestro suelo. Descubrir América es nuestro trabajo hoy. La cruz y la espada, el mito y la ciencia, la magia y la fe, se hacen uno en lo distinto.





Hay algo que nadie puede negar: el fondo de nuestra mixtura está empapado y destila Jesús y su mensaje. Somos indo-afro-ibero-americanos-católicos. Nacimos a la fe en el clima de la contrarreforma española y desde nuestras cosmogonías y nuestros mitos. Nuestra fe impregna lo que somos. Creemos que eso no es exclusivo de nuestras culturas. En todas las culturas donde se ha hecho presente Jesús y su Palabra las formas y las estructuras culturales se han empapado de Iglesia y de Evangelio. Lo que sí es propio de nosotros es la presencia fundante de Jesús, su Palabra, su Iglesia. Si en algún lugar ellos no son advenedizos es entre nosotros y al interior del tejido de nuestras culturas: nuestras más hondas raíces beben en sus limos trascendentes. En América la de los mil rostros y una sola alma primordial hecha de alma africana y nativa y española nadie es extraño. Por nuestras sendas caminaron los pies descalzos de Francisco, en los pies de sus hermanitos, pacificando más que lobos, jaguares y caimanes y cantándole a la hermana selva y al hermano bochorno tropical. Domingo se sentó vestido de blanco en medio de negros, indios, mestizos y españoles para esclarecer la verdad y la justicia en la mente y en la palabra de Montesinos y de Las Casas. Agustín ha estado con nosotros buscando los caminos que conducen desde el nuevo mundo hacia la ciudad de Dios. Ignacio, valiente y aguerrido, construyó reducciones en el Paraguay y ha querido que el latir del corazón de este continente sea para la Mayor Gloria de Dios.

María Rafols viajaba cantando con sus compañeras y soñando con entregar la vida encima del carromato y de la mula. En postales hemos visto el Pilar de Nuestra Señora ante cuya soberanía se postraron doce mujeres desconociendo aún que ellas serían pilar y columna de una nueva manera de inventar el amor. Conocemos las Iglesias de aldea a las que seguramente llegaron las Hijas de la Madre Rafols envueltas en el vaho cálido de este clima. Así como conocemos a Francisco por sus pequeños hermanos, a Domingo por sus doctos Canónigos y a Ignacio por su valiente Compañía, conocemos a María Rafols por el sacrificio heroico, por el tesón irreductible, por la compasión, la ternura y la decisión que viven juntos en la vida de sus Hijas.



Lo que hemos visto hacer a María Rafols para amar sin fronteras es fundamentalmente sanar y educar. Esas dos acciones constituyen nuestra experiencia de lo que ella hizo y hace para que más allá del tiempo en el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia y en la Inclusa, en el Lazareto de la Isla de la Providencia o en cualquier colegio de América Latina, Jesús viva un eterno lavatorio de los pies.

D

desde el mundo de la salud. ¿Quién es ella?

Es nuestro interés, desde el sector de sanidad, dirigir la mirada hacia la actitud y el servicio de la Madre Rafols a los enfermos más pobres y necesitados. La Madre Rafols vive en su época y en sus circunstancias. A ella podemos acercarnos mirando hacia la historia del pasado. Pero la Madre Rafols vive también en la gesta congregacional y en nuestro presente. Los rasgos de su rostro se hallan en la biografía pero también en la andadura de sus hijas y en sus obras. Nuestro interés no obedece solamente a la curiosidad histórica sino que es básicamente un acto de amor. Se trata de hallar desde nuestra propia realidad los rasgos de su espíritu y de su temple, de su sueño y de su obra. Lo que Madre Rafols hizo es lo que compete a todo creyente de veras empapado de Evangelio. A partir de lo que ella misma era interpretó sus circunstancias, signos de los tiempos, para encarnar en éstas, el amor que bebía en la persona de Jesús. De hecho, hay tantas formas de amar como de vivir porque los juegos de circunstancias y los rasgos constitutivos de las personas se abren a posibilidades infinitas. Mal podría juzgar alguien como fidelidad la imitación ingenua y estéril. Para ser fiel a alguien que reinventó el amor es necesario ser profundamente creativo. No se puede ser fiel a Madre Rafols sin mirar hacia los propios rasgos de las personas y de las comunidades y sin discernir los signos de los tiempos para encarnar en las propias circunstancias el siempre antiguo y siempre nuevo, el eterno amor de Jesús.



En el fondo de María Rafols está Jesús. No se puede comprender lo que ella es sino por relación con El.



Ahora queremos hablar del Jesús que sentimos vibrar en el corazón de María Rafols. Es este Jesús el que en últimas explica la persona de María Rafols, su obra, nuestra obra. Lo que Jesús dice a sus coetáneos y a todo ser humano que se acerque a El desde cualquier tiempo, es su propia experiencia. El Maestro se experimenta plenamente habitado por su Padre. Su predicación es esencialmente anuncio del Reino. La conversión que El exige es apertura al ser humano para ser habitado por el ser de Dios. Es que Dios crea a los seres humanos habitando en su interior. Este Dios humilde e íntimo se esconde como un tesoro y como una perla en las entrañas de cada campo humano. Cuando el ser humano lo descubre es capaz de venderlo todo para no perder el tesoro. Sólo quien ha hallado el tesoro comprende la paradoja " perder la vida para ganarla " y comprende el riesgo de "ganar la vida pero perderla". El Dios que habita en Jesús hace en todo ser humano que se abra a su presencia lo mismo que hizo en Jesús: expulsar al hombre de su centro y lanzarlo con fuerza inusitada hacia los otros para hacer lo mismo que Dios hace - salvar. Cuando un ser humano se experimenta habitado por la divinidad es capaz de vibrar en la misma longitud de onda que vibra Dios. Sólo así un ser humano puede sentir desde el otro, sufrir con el dolor del otro, compadecerse, hacerse misericordia. Es en este des-centrarse que Jesús muestra el camino que conduce al Padre y que pasa irrevocablemente por el otro humano, sufriente y desvalido.



Construir el Reino del Padre no es otra cosa que abrirse a su presencia y dejar que los comportamientos humanos sean totalmente modificados por la fuerza del amor que habita. Lo que Jesús dice a todo ser humano que se acerque a El desde cualquier tiempo es lo mismo pero nuevo. Su Palabra y su Espíritu crean comunidad porque seres humanos des-centrados necesitan como del aire, otros a quienes hacer su centro, otros en quienes descubrir y a quienes hacer descubrir el mismo tesoro que experimentan dentro, otros con quienes buscar por todas las sendas del mundo a los cojos y a los ciegos, a los pobres, a los enfermos, a los que no cuentan.

En el esfuerzo por mirar el misterio del amor de Dios en Jesús proclamado por la Madre Rafols y sus Hijas, de manera especial en la misericordia para con los enfermos, queremos dejar volar los ojos sobre algunos elementos entresacados con sencillez de la hondura de sus vidas. En otras palabras, queremos admirar en el rostro de la Madre algunas líneas que contrastan y que por lo mismo permiten descubrir la originalidad del misterio cristiano acaecido en ella. La prueba de la profundidad y veracidad de tal acontecer cristiano es la pervivencia de esos rasgos en la vida congregacional.

O

rantes en Acción



De María Rafols podemos decir no que tuvo vida de oración sino que vivió en oración. Volcada afuera atendiendo aún las minucias del diario vivir, dando cuenta de huevos y gallinas y de raciones de la despensa, vivió volcada hacia adentro en una contemplación sin descanso. De ello dan cuenta las noches de vela que eran todas y de ello también dan cuenta las comunidades de oración en donde no se pone el sol de la Eucaristía. Solo esa intimidad sin dobleces justifica la heroicidad de la vida. Sólo quien se deja penetrar hasta los profundos pliegues del ser por el misterio del amor de Dios en Jesús puede entregar todo el ser, sin reservas, sin tiempos, sin descansos. Solo alguien enamorado puede enamorarse de los amados de su Amado. Así no es extraño que unas mujeres decidan morir de hambre ajena. Rafols y sus Hijas conocen el comercio que instauró Jesús: Cargar sobre los hombros el sufrimiento que no es propio para rescatar las vidas del mal y del dolor. Admira y seduce en la vida de la Madre y de sus Hijas la capacidad de hacer cotidiano lo eterno, de volver detalle lo absoluto, de expresar en simplezas lo profundo.

Al dirigir nuestra mirada a las obras de sanidad en la Provincia reconocemos la alta exigencia laboral. Corremos un riesgo pero también descubrimos un reto. Lo arduo del trabajo y la permanente atención que se nos reclama, sobre todo en las grandes instituciones, puede trastocar el orden de las prioridades. Así, el trabajo puede desplazar el espacio privilegiado de la intimidad con Dios. Nuestro reto es que aún a costa de mayores sacrificios salvemos siempre horarios, lugares y actividades para la intensa presencia de Dios. Sin ella en vano nos fatigamos.

L a Dureza y la Ternura

Es un rasgo de personalidad compartido por la Madre y las Primeras esta aparente contradicción. Hace falta ser duro para poder sobrevivir como grupo a las penosas condiciones de los orígenes. Las presiones externas, el desorden institucional, las penurias de la guerra y el desmesurado sobrecargo de labores hablan del rigor de vida que debieron soportar. Sólo personas de una profunda consistencia, ecuanimidad y constancia, que para el caso llamamos dureza, pudieron existir en condiciones tales. Pero ésta dureza brilla en todo su esplendor cuando se contempla la ternura en que hicieron la oblación de sus vidas. Lejos del sentimentalismo y profundamente arraigadas en la experiencia de Dios la primera comunidad acoge a los enfermos como al mismo Jesús sufriente: haciendo la cama, limpiando hasta el detalle, cuidando solícitas el alimento y sobre todo acompañando en el dolor. Difícilmente se podría sospechar al observar el amoroso cuidado de los enfermos que este grupo de mujeres pasa por tan hondos sufrimientos. Exigirse donar aún el mínimo alimento y desfallecer por compartir muestran la dureza a que se obligan y la ternura en que se dan.



Compartimos con todos los trabajadores de la salud un riesgo que desfigura lastimosamente el sentido de nuestra presencia y de nuestra acción: acostumbrarnos al dolor. Si es tan espantoso e inhumano constatar esta desfiguración en el personal profesional cuanto más doloroso ha de ser para nosotras en razón de nuestra vocación y misión. Pero en la debilidad hallamos la fuerza de la esperanza. Es un desafío permanente a nuestra fe y a nuestro amor.

Se trata de hacer lo mismo pero siempre nuevo. Cada caso, cada paciente han de dolernos como le duele a Jesús el sufrimiento humano. Hacer que los enfermos descubran en nosotras el rostro de Jesús misericordioso y salvador es la única posibilidad de no tergiversar nuestra vocación.



L a Humildad y la Firmeza

La humildad en todo creyente nace de la conciencia de ser criatura, pequeña, limitada. Desde esa conciencia se abisma el creyente ante el infinito amor de Dios que se ocupa de crearlo y de habitarlo. La modestia extrema, lo silencioso de su acción y el mantenerse lejos de vanaglorias y fatuos reconocimientos dicen de la Madre y las Primeras que eran profundamente humildes. No ha faltado en la historia quien confunda la humildad con la falta de personalidad. La Madre y las Primitivas vivieron en un contexto de exacerbados juegos de poder en donde con frecuencia, ellas, las más débiles, fueron objeto de intrigas, calumnias e intentos permanentes de manipulación. Cómo, sin altanería, sin faltar al decoro y sin emplear las mismas armas, fueron capaces de ser claras y veraces?.



Apostamos a una respuesta: la más profunda humildad nace de la verdad y no hay verdad más honda que nuestro ser de criaturas. Así las débiles pero humildes pudieron ser firmes.

Las instituciones humanas en mayor o menor medida se ven afectadas por los mismos males que trascienden la historia. No pocas veces nosotras mismas nos enfrentamos a dificultades de orden institucional o propio de los grupos humanos donde nos hallamos insertas. Ha de ser clara para nosotras la opción por la humildad en la que seguramente hallaremos la fuerza para ser firmes, esto es, fieles.

Desde América Latina en donde palpita en el dolor de los pobres la injusticia y la violencia se nos hace la exigencia de denunciar humilde y firmemente y de proclamar con toda la fuerza de nuestro testimonio la voz de Dios que pregunta por Abel.

L o Universal y lo Concreto



No sabían acaso nuestras Primeras Hermanas que la leyenda "Urbis et Orbis" que encontraron a la entrada del Hospital General sería signo casi que sacramental de su propia existencia. Así fueron plasmando su propio ideal. Querían ser para todos los enfermos en todo servicio. No podían siquiera imaginar que lo que empezaba como una tarea absolutamente puntual y concreta sería después una explosión universal de amor. El anhelo de universalidad irá creciendo por el impulso del amor que las llama a ir a otros lugares para ponerse al servicio de los sufrientes. Ese anhelo contenido por las disposiciones legales y por los prejuicios del momento, justo por ser contenido irá cobrando mayor fuerza en el silencio. No es solamente un sueño de expansión. Es también y fundamentalmente el anhelo de vivir sin límites el don de sí a todos. "Caridad Universal principalmente con los más pobres y necesitados hecha Hospitalidad hasta el heroísmo". Carisma como nos revela San Pablo es Gracia y gracia es Don abundante de Dios en Cristo Jesús. La gracia que Dios derramó en la Iglesia por la gesta fundacional de la Madre Rafols tiene la originalidad de la universalidad. Pero lo universal no es sueño de quimeras ni idealismo irrealizable. En la vida de las Primitivas Hermanas lo universal fue concreto. Todo el amor se vive "ya", con el que está al lado. Todo el amor se ofrece "ya" sin dilaciones, sin disculpas, como el samaritano aquel que bajaba de Jerusalén a Jericó.

Nuestro camino en América Latina está lleno de hermanos que han sido vejados por el mal y que yacen a la vera. En sus heridas, en sus rostros dolientes y en sus miradas

esperanzadas no podemos menos de sentir el reclamo de Jesús que nos solicita "ya" con todas nuestras fuerzas y que nos urge a ir "ya" más allá, para hallar a los últimos y a los más sufrientes. La voz del Señor en esta realidad nos descubre la urgente necesidad de que cada comunidad, viviendo esplendorosamente la misericordia, se convierta en generadora de vocaciones que nos permitan servir más intensamente e ir a todos los lugares posibles. La vida de nuestras comunidades ha de ser un interrogante y una invitación para que muchos quieran donar con nosotras su propia existencia.



*L*a Originalidad del estilo Rafols en el mundo de la salud

Muchas palabras se podrían decir al respecto, pero bajo este acápite solo queremos ponernos frente a los rasgos más sobresalientes por su tipicidad en el estilo como María Rafols y las Primeras accedieron y se condujeron en el mundo de la salud.



*L*a Humanización de una institución inhumana...

Lo que encontraron María Rafols y sus compañeras en el Hospital General y que biógrafos e historiadores relatan, es la realidad de una institución sanitaria en caos. La deshonestidad, la ineficiencia administrativa y la desbordante burocracia producen sus frutos en el desaseo, el desmedro en la alimentación y la desatención de los pacientes. En el orden moral los frutos son tanto o más inhumanos: abundan los vicios, los pacientes se revuelven sin ningún cuidado, hay prebendas desde los grandes hasta los pequeños en el usufructo de lo que debía ser patrimonio exclusivo de los pobres enfermos. Una noción real de lo que encontraron las Primeras a su llegada al Hospital no puede pasar por alto el tamaño y la complejidad de la Institución.



Dirigimos nuestra mirada ahora no hacia las motivaciones internas, sino hacia las consecuencias externas de la presencia del primer grupo de nuestras Hermanas en el mundo de la salud. Este pequeño grupo perfectamente identificado, con alto sentido de cohesión y con una capacidad mística asombrosa generará a través de su labor sencilla pero firme y constante la dinámica de la reordenación institucional. Lo que este pequeño grupo realiza con todas las dificultades y presiones adversas es la transformación de la institución, una transformación de tal magnitud que se torna en paradigma de concepción y administración hospitalaria. La idea motor de esta comprensión es la nueva sensibilidad humanizadora y su forma operacional es la del trabajo infatigable en todos los ordenes, en otras palabras, la labor integral. El lector desprevenido hallará a las Primeras atendiendo personas en la

globalidad de su ser, desde el detalle insignificante hasta el acompañamiento en el drama humano de la enfermedad. Las primeras plasman una forma de presencia en el mundo de la salud en el que se supera el papel puramente "directivo" y el puramente "asistencial" y se comprometen a fondo en la atención verdaderamente integral del paciente. Se trata de acoger, atender y acompañar a todos los niveles.



Esta idea motor y esta forma operacional llevadas hasta las últimas consecuencias en lo cotidiano producen la purificación del ambiente y la reorganización de las estructuras institucionales.

Sin mayores erudiciones, como era lo normal en el contexto, la Madre y las Primeras tienen intuiciones fundamentales para la administración de la Institución. Véase así, por ejemplo, la fidelidad absoluta en la relación administrativa diaria y la crónica del cotidiano vivir. Sin registros en la historia es imposible experimentar avances o retrocesos por falta de puntos de referencia. Sin registros en la historia es imposible planificar el futuro.

El hospital, "lugar – para – que – estén" los enfermos, se transforma lentamente en el lugar donde son acogidos, atendidos y acompañados. Los recursos empiezan a fluir hacia su verdadero destino. El personal recibe ejemplo edificante y formador. Mueren los males que acompañaban la antigua situación: hay aseo, excelente comida, atención esmerada; la labor espiritual erradica vicios y corruptelas.

En últimas, brilla el rostro humano de la institución que está llamada a ser la más humana de todas.

Siendo Signos Trascendentes...

Antes de María Rafols la Iglesia ya había producido grandes hitos y verdaderos héroes en el proceso de humanización del mundo hospitalario. Por no nombrar sino los más evidentes recordaremos a Camilo de Lelis y antes a Juan de Dios. Estas piedras angulares del mundo hospitalario moderno comparten la originalidad de su gestión: ninguno de ellos realiza su gesta desde el ámbito de la ciencia o de la técnica, tampoco desde la filantropía. Es la experiencia de Jesús Buen Samaritano, la raíz de la vida puesta en la filiación del Padre Dios y la actitud de fraternidad universal lo que fundamenta su actuar.



Madre Rafols y nuestra Primera Comunidad humanizan desde la fe. Ellas se hacen signo del Amor de Dios capaz de abajarse hasta la más grande humillación humana para mostrar su ternura y su salvación. Ellas humanizan porque detrás del hombre enfermo descubren a Jesús "pobre y enfermo" y lo sirven en todas sus necesidades. Cautiva el corazón de quien rastrea la vida de nuestra Primera comunidad un hecho sin precedentes y original en el contexto histórico en que vive: para servir más y mejor, la Madre y las Primeras Hermanas se capacitan al más alto nivel posible. Coinciden los historiadores en afirmar la excelencia de la Madre y algunas Hermanas en el campo de la flebotomía, hasta el punto de afirmar que superaban a los profesionales del área. Es rasgo típico del estilo Rafols la capacitación excelente de quien va a servir en el mundo de la salud porque no servirá a cualquiera sino a su Señor Jesús pobre y enfermo. Este rasgo típico se torna para quienes caminamos en este continente tras las huellas de Rafols y sus Hermanas en reto permanente. Por lo menos dos exigencias hacen: una sobre el rigor en la selección del personal que actuará en el mundo de



la salud y otra sobre la óptima calidad de su capacitación. No es extraño a la historia de congregaciones religiosas que actúan en el mundo de la salud y a la vez en otras dimensiones pastorales, que en el pasado se hayan destinado personas que "no servían" para otros oficios, al servicio de los enfermos, con el argumento de que tal servicio es básicamente una función técnica. Nada más lejano al pensamiento y a la experiencia de nuestra primera comunidad. Incluso las funciones más técnicas están puestas al servicio de ser signo y revelación de la misericordia. Si tomamos en serio que los enfermos son "nuestros señores" en nombre y en persona de Nuestro Señor, la calidad humana de quien habrá de transparentar el Amor de Dios en el cuidado de los enfermos ha de ser del más alto valor.

En nuestro continente hemos descubierto como posibilidad razonable de desarrollo el conocimiento y el dominio tecnológico.

En el mundo de la salud específicamente, se siente la presencia de nuevas generaciones pujantes con un acerbo intelectual sólido y con una gran solvencia en el manejo tecnológico, a tal punto que muchas veces se experimenta la contradicción entre "saber tanto" y "poder tan poco" a causa de la falta de recursos. Herederas del estilo de la Madre y las Primeras, en nuestro continente se nos exigen esfuerzos muy grandes en el orden de la capacitación profesional. Solo así podremos ser tenidas por interlocutoras válidas en el mundo de la salud. Solo así la falta de recursos podrá ser suplida y aún superada con golpes de originalidad. Solo así podremos servir más y mejor a Nuestro Señor Jesús.

A

manera de conclusión

La historia no concluye. En todo presente se hace presente el pasado y en todo presente está presente el futuro. Si podemos predicar esta afirmación de toda historia humana con mayor fuerza podemos afirmarla de la historia en nuestro continente. Es de nuestra realidad sentida, y así lo dijimos al inicio que en indo-afro-hispano-América todas las historias, todas las culturas, las razas y los tiempos se hicieron mixtura y amalgama en el crisol de la fe en Jesucristo y de la vida de su Iglesia. De este caminar cinco veces centenario hemos compartido como fraternidad los últimos 100 años. No llegamos tarde. A este continente siempre se llega a tiempo, porque todos los tiempos están presentes y porque parece un sino alegre de nuestro destino como pueblo el tener que inventar y reinventar la historia. Por eso vimos insuficiente el propósito de hacer de este trabajo un ensayo rigurosamente biográfico. Es que Madre Rafols y la Primera Comunidad no son en ningún lugar del mundo historia del pasado. Más aún, si en algún lugar del mundo ellas son presentes es entre nosotros. Por eso preferimos que este intento de plasmar un ángulo, un aspecto, del inacabable diálogo pasado-presente entre nuestras primeras y nosotros en América. Es su ideal el que inflama nuestras vidas, es su sueño el que alienta nuestras obras, son sus sendas de misericordia universal hasta el heroísmo, vividas por ellas en las andaduras de Cataluña y Aragón y caminadas por nosotros en las llanuras ardientes, en los indómitos lomos andinos y en el laberinto de las selvas tropicales. Ideales, sueños y caminos nos hermanan más allá de la historia y nos aproximan a pesar de las barreras geográficas y culturales. La Madre Rafols y las Primitivas



hablan en nuestro presente, indican, sugieren y exigen en nuestra realidad.

Por eso nos parece más hermoso hablar con ellas que hablar de ellas. Será este diálogo amoroso y sincero el que nos haga más fieles a su estilo de vivir y construir el Reino de Dios.

Lo que Jesús revela es que todo el misterio insondable del amor de Dios se hace presente e irrumpe en un segmento del tiempo, en un fragmento del espacio. Lo que Jesús revela es que el rostro amoroso del Padre brilla en la Encarnación. Madre Rafols y nuestra Primera Comunidad encarnaron en un momento y en unas circunstancias determinadas el amor salvador de Dios. Asumiendo los rasgos típicos de su estilo, no otra cosa pretendemos en nuestra América: que la vida de nuestras comunidades insertas en el mundo de la salud humanice desde la fe y sea signo trascendente del Reino que esperamos y construimos.

